

—Cuanto ántes mejor.

—¿Y tus padres? ¿No piensas en ellos?

—Sólo pienso en tí. ¡Adios!

—Pues bien, Mariano, hermano mio: por mí, por mi sosiego, no vayas á emprender esa vida de fatigas y de azares; no vayas á buscar una muerte segura al fin de muchos trabajos y sobresaltos.....

—¿Y qué haré aquí? ¡Verte todos los días y sufrir todos los tormentos del infierno al considerar que eres de mi hermano! Marta, ya he probado á olvidarte, á estar siempre ocupado, distraído..... ¡y no puedo!

—Busca una jóven honrada y cástate.

—¡No puedo! Es preciso que me vaya, y más vale que sea ahora que no está aquí ninguno de mi familia. ¡Adios, Marta!

—¡Oyē, por Dios!

—¡Nada quiero oír!

Mariano traspasó el umbral de la cocina; pero Marta se arrojó hácia él y le retuvo con una fuerza que no hubiera podido esperarse en ella.

En aquel momento se oyó sobre sus cabezas el paso seco y precipitado de Joaquina.

—Ya baja tu madre—dijo Marta:—¡gracias á Dios!

—¡Lo mismo me iré estando ella aquí!—repuso Mariano.—¡Conque déjame que me vaya ahora!

—¡Calla, que ya está aquí!

—Marta—dijo Mariano—óyeme: ¡ó me ofreces estar esta tarde en casa de tu madre, ó me voy ahora mismo, aunque estén aquí mis padres!

—¡Estaré!—respondió Marta.

—Á las cuatro.

—¡Sí!—respondió Marta con voz débil.

Mariano se desasó suavemente de la débil presión que le imponían las manos de Marta, y le dijo echándole una tierna mirada:

—Ahora ya puedes estar tranquila, que no me iré.

Salió, dicho esto, de la cocina, al mismo tiempo que entraba su madre en ella.

V.

LOS AMORES DEL IDIOTA.

Á la caída de aquella tarde Mariano salía de una casuca pobre y muy pequeña, especie de cabaña ó de cueva que la caridad de Pedro había habilitado para abrigo nocturno de la madre de su mujer.

Aquella covacha, gracias á los cuidados de Marta y á los de Joaquina, que, madre también, había querido ayudar al bienestar de otra madre anciana y pobre; aquella covacha, digo, había llegado á ser muy habitable.

Al abrir la puerta, cerrada con llave, se entraba en la única pieza que había, sin que estuviera precedida de portal alguno: servía de cocina, y una separación de gruesas cortinas de estopa formaba la alcoba en el ángulo más lejano del sitio destinado al pequeño fogón de yeso, don-

de la vieja hubiera podido guisar su comida si no hubiera sido tan aficionada á la vida vagabunda y holgazana.

Pero en vano habia sido que Marta le preparase limpio vidriado, una mesilla, una arca grande, y una buena cama con cuatro sábanas, una manta y un cobertor; de nada que le llevase periódicamente provisiones: aquella vieja malvada habia vendido las ropas, las legumbres, y áun parte de los muebles de su casa, para comprar aguardiente y vino.

Mariano, al salir de la casilla, llevaba el semblante bañado por una perversa alegría, más espantosa en él que en otros hombres la cólera ó el dolor.

Habia empeñado un duelo con la honra de su hermano, y su obstinacion habia vencido.

En aquella ruin venganza habia entrado por mucho el recuerdo de las severas correcciones, de los puntapiés que el honrado y severo Pedro le habia aplicado desde niño y el despecho de no haberle podido engañar jamas con su meliflua apariencia: todas las ofensas que habia ido acumulando en su alma, en medio de un lago de hiel, quedaban ya vengadas.

Marta, entre tanto, se hallaba sentada sobre el arca vieja de la tia Potamiana: su frente se hallaba cubierta de palidez: sus ojos secos brillaban de un modo extraordinario: la jóven tenia fiebre: sobre la vergüenza de su irreparable falta se elevaba un pensamiento de fuego.

¡Ya no se iria Mariano! ¡ya lo tenia para siempre seguro y cerca de ella! ¡ya no se casaria jamas con otra

mujer! Así al ménos se le habia jurado, y ella, que no conocia de aquella alma negra y cenagosa más que la tersa y engañadora superficie, lo creyó, porque necesitaba creerlo para tranquilizarse á sí propia.

Dos ó tres veces pasó ante sus ojos la grave y austera figura de Pedro; dos ó tres veces le pareció tambien ver ante ella la blanca sombra de su hijo que se elevaba al cielo tendiéndole sus manecitas; pero estas apariciones eran eclipsadas al instante por las apasionadas frases de Mariano.

—Si yo te he sido fiel, y he permanecido libre, áun despues de verte casada—le habia dicho él—¿cuánto más puedes esperar ahora de mí, ahora que me quieres?

Ella, por toda respuesta, pronunció entre sollozos el nombre de Pedro.

—Nada sabrá nunca de nuestro amor—dijo el vengativo hermano.—¿Y para qué ha de saberlo? ¿No es lo más natural que tú sigas viniendo á esta casa que es de mis padres, y donde tu madre ha vivido?

—¡Seguir yo viniendo aquí!—murmuró la pobre jóven deshaciéndose en lágrimas;—¡seguir engañando á Pedro! ¡vivir á su lado y hacerle traicion á todas horas! ¡Oh! ¡eso sería infame y no lo haré jamas! Prefieroirme contigo, huir á otro país, y abandonarle, como á mi hijo, á esa negra traicion de cada dia.

La proposicion de huir sonó tan mal en los oidos de Mariano, que casi estuvo por salir á escape de allí sin volver á darse por entendido de su amor y de su seducion; pero pensó en que aquella mujer era capaz de todo en su desesperacion, y en que quizá provocaria un

escándalo y un conflicto en su familia mayores que los que quería evitar.

— No pensemos ahora en medios extremos — dijo suavemente — y deja al tiempo el cuidado de arreglarlo todo: vendrás aquí cuando quieras ó puedas; si no quieres volver, no volverás; yo soy ya esclavo de tu voluntad, querida Marta.

Estas almibaradas frases produjeron el efecto apetecido: Marta no sabía distinguir aquella falaz expresion de la lealtad de una alma tierna y apasionada, y se dejó engañar, y se tranquilizó algun tanto.

Así que la vió algo sosegada, Mariano le hizo observar la necesidad de salir uno ántes que otro, y él fué el primero que se puso en salvo, volviendo Marta á caer en tristes meditaciones.

Así es como la hemos encontrado, y así permaneció aún largo rato, sin advertir que el sol caminaba á su ocaso, y que Pedro podria volver á su casa del trabajo, cuidadoso por el estado de su hijo.

De repente la sacó de su abatimiento un rumor extraño: era un canto gutural y tan cercano á ella, que se hubiera dicho que cantaba á sus espaldas y junto á sus oídos.

Volvióse asustada, y vió la enorme y amarilla cara del *Romico* pegada á la vidriera de la angosta ventanilla que daba luz á la cocina.

El chico, agarrado á los listones de madera que hacian veces de hierro, se mecía bamboleándose con todos los síntomas de una brutal y completa embriaguez, y cantaba roncamente lo que su tardo pensamiento podia retener, expresado en estas palabras:

El sol se va, y él va á verla
Y ella se pone colorada
Como las rosas de Mayo.

Marta se estremeció sin saber por qué: el *Romico* se bajó, y cogió del suelo una gran piedra que mostró en la mano á los ojos asombrados de Marta: prosiguió cantando:

Mas yo guardaré esta piedra
Para matar á Susana.

— ¿Qué es lo que dices? — exclamo Marta, levantándose. — ¿Á quién vas á matar?

Habia tal susto en aquel rostro, que el muchacho no se acordó de hablar cantando segun su costumbre, y respondió con ronca voz:

— ¡Toma! ¡á Susana!

— ¿Por qué vas á hacer eso? — preguntó Marta, espantada de la ferocidad que respiraban las facciones del muchacho.

— ¡Otra! ¡Porque cuando me ve á mí, corre y grita; y cuando ve al otro..... le abraza!

— ¿Á quién? ¿quién es ese otro?

— ¡Ese que estaba aquí contigo..... y te abrazaba á tí!

La palidez de la muerte cubrió el semblante de Marta: la luz desapareció de sus ojos; pero hizo un esfuerzo supremo, y preguntó al *Romico*:

— Y..... ¿quién ha estado aquí?

— ¡Otra! ¡Mariano!

— ¡No..... no era él! — murmuró la infeliz, queriendo desviar aquel pensamiento de la cabeza del idiota.

— ¡Era él!..... ¡era él! —gruñó el chico irritado y con una voz que participaba del graznido y del habla humana.

— ¡Te digo que no era él..... era Pedro!

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡Pedro! —gritó el chico chillando y bailando, para expresar su burla de un modo tan frenético que dejó caer de la mano, para agitar mejor sus brazos, la piedra que había asido. — ¡Pedro me da pan, y frutas, y cuartos..... y tortas..... y Mariano me da cada vez que me ve un puntapié!..... El que salió de ahí..... el que te abrazaba..... me dió el puntapié de siempre..... era Mariano.

— ¡Dios mio! ¡Estoy perdida! —repitió la desgraciada, bajando la cabeza sobre el pecho.

— Y ahora — prosiguió el idiota con una especie de rabia concentrada — ahora va por allá..... por allá abajo á verla á ella.....

— ¿Quién es ella? — preguntó ansiosamente Marta, en quien los celos se sobreponían al temor.

— ¡Ella..... es ella!.....

— ¿Susana?

— ¡Sí..... Susana..... ésa que se parece á la Virgen de la iglesia; ésa que tiene dos ojos como las estrellas..... ésa que yo veo siempre correr por los campos, que veo cuando duermo, que veo dentro de las aguas del estanque..... y que echa á correr cuando me encuentra..... y chillar..... porque me tiene miedo..... mucho miedo!.....

— ¿Pero..... ese hombre que ha salido..... que tú acabas de ver, va en busca de Susana?

— ¡Sí... sí y sí! ¿Quieres verlos á los dos juntitos

como yo los vi ayer?..... Mira, un rayo de sol caía sobre la cabeza de ella..... y hacía relucir su pelo..... así, como si fuera de oro..... sus ojos se reían..... y su boca también..... él estaba á su lado, y le hablaba y la miraba..... luego la besó en el cuello como á tí, mientras ella, des-cuidada, miraba volar á un pajarito..... y despues hablaron más..... y despues se levantaron para despedirse, y entonces ella.....

El *Romico*, que había dicho todo aquello interrumpiéndose con pausas frecuentes y con saltos convulsivos, se calló de repente, como si alguna fuerza oculta le impidiese proseguir; bajóse y volvió á asir la enorme piedra que ántes había tenido en la mano.

— ¿Qué es lo que decias? — exclamó Marta deseando fijar aquel pensamiento que oscilaba como una luz agitada por el viento. — ¿Qué es lo que decias? ¿qué hacía ella? ¿ella le abrazó?

— ¡Sí..... ella le abrazó!..... yo busqué una piedra como ésta..... y no la hallé!

— ¿Para qué la querias?

— ¡Para molerle á ella la cabeza! — respondió el idiota con una expresion de ódio difícil de explicar.

Luego, bajando la voz, añadió:

— También se la rompería á él, pero como es más grande que yo, me daría muchos puntapiés.

Y á la sola idea de este castigo, el idiota se acurrucó en el suelo y empezó á llorar y á hipar del modo más extraño y más grotesco.

Marta cerró la ventana y salió de la casilla, cerrando también la puerta con llave y guardándola segun

costumbre: sin mirar al idiota que lloraba como poseído de un horrible terror, tomó el camino que llevaba á la casa de su esposo, pálida y anonadada, ante aquellos dos aterradores pensamientos que se levantaban como dos fantasmas amenazadores en su cerebro, debilitado por tanto padecer.

El idiota habia sorprendido su cita con Mariano, y estaba á merced de la ciega y brutal estupidez de aquel muchacho.

Mariano amaba á la hija del *Rico*, y tenia citas con ella.

Esta idea cruel ahogó en el alma de Marta todos los temores que la otra podia producir; los celos entraron en ella como un dardo de fuego que la traspasó dejándola absorta y como falta de sentido.

¡En qué instante venia á tener tan horrible certidumbre! cuando, cediendo á las instancias, y á lo que ella habia creído una suprema desesperacion, acababa de olvidar sus deberes de esposa y madre!

¡El castigo de la falta no se habia hecho esperar!

Entre tanto que la desgraciada caminaba lentamente absorta en estas reflexiones, *el Romico* seguia llorando, agazapado bajo la ventana de la casilla, ántes morada de la madre de Marta.

Con mano convulsa apretaba la piedra, y de cuando en cuando decia entre dientes:

—No..... él es muy grande..... sus puntapiés duelen muchos días..... y si le matára..... me daría tantos..... ¡No, no! ¡para ella, para ella!

Así llegó la noche, sin que el idiota abandonase aquella idea fija de muerte y celos.

De celos, porque habia concebido una pasion frenética y bestial hácia la inocente hija del *Rico*.

Desde la misma tarde en que la vió llegar á la aldea, estando sentado con su padre á la puerta de su casa, se quedó deslumbrado por aquella cándida y bella aparicion.

Desde aquella tarde la siguió incansable por todas partes; pero la pobre Susana le tenia tanto miedo, que, al verle, huia pidiendo socorro con penetrantes gritos.

En la tarde anterior, *el Romico* habia sorprendido una cita entre Mariano y Susana: el amante de Marta hacía ya algun tiempo que andaba tras el rico dote de la jóven, y ella le amaba con el desinterés y la alegría de un alma que se empieza á abrir al amor, sin haberle columbrado jamás, y que sólo ve en él la parte noble y bella que excita su admiracion y entusiasmo.

VI.

EL CASTIGO.

Cuando Marta llegó á casa, halló ya reunidos á sus suegros y á Pedro en la cocina. Mariano no habia acudido todavía.

—¿Qué te pasa, mujer?—preguntó Pedro á la jóven; estás descolorida, helada, tiembles..... ¿estás mala?

—Sí—respondió Marta;—fuí.....

Sus dientes se chocaron con un temblor convulsivo, y no pudo continuar.

—Vamos, pobrecita mia, ¿á dónde has ido?—preguntó cariñosamente Pedro.

—Á regar los rosales de la avenida de los sauces—respondió Marta, cuya palidez se vistió de púrpura, porque en su vida había mentido.

—¡Vamos! y despues á casa de tu madre, ¿verdad?—preguntó Joaquina.

Marta abrió los ojos espantada.

—Yo..... no..... sí—balbuceó sin saber lo que decía.

—¡Vamos! ¡si ya sé tu maña! No hay vez que salgas, que no vayas allí, para llorar y llorar.....—prosignió Joaquina;—¡cómo si esto la hubiera de resucitar ya!

Marta respiró: lo que ella creía una evidencia no era más que una suposicion.

—Vamos, ¿y has estado? Dí la verdad—exclamó Pedro, que tenía entre las suyas las manos de su mujer.

—Sí—respondió ella—allá estuve un rato; pero—añadió tendiendo una mirada en torno suyo:—¿y el niño? ¿dónde está? ¿se halla peor?

—No está mejor—dijo Juan María;—pero no te dé cuidado: sigue como esta mañana: ahora duerme.

—Voy á verle—dijo Marta, que se ahogaba.

—No, no, vén aquí—repuso Pedro;—podrias despertarle, y además, tú necesitas descansar y tomar algo, mi pobre Marta..... tienes frio y tiemblas..... Madre, bueno sería darle una taza de té caliente.

—Al instante estará hecho, hijo mio: mira el agua

ya á la lumbre..... pero miéntras se hace, cuéntale la gran novedad de casa.

—¿Qué novedad?—preguntó la jóven, á la que cualquiera novedad asustaba.

—Una muy grande—dijo Pedro con acento misterioso. Mariano se casa.—

—¿Se casa?

—Sí; acaba de irse el señor cura, que sin duda estaba encargado de hablarnos del negocio para ver qué tal nos parecia; se quiere casar con la hija del Rico.

—¡Santo Dios!—exclamó Marta levantándose, H-vida y convulsa;—¿y VV. consentirán en esa boda?

—Casi me alegro de ella—repuso Juan María—porque pondrá fin al rencor de las dos familias. Dios nos manda perdonar, para que á nuestra vez seamos perdonados: tu marido, que era el más opuesto, se ha convencido ya con las excelentes razones del señor cura.

En tanto que su padre hablaba, Pedro, asombrado de la agitacion de su mujer, la miraba fijamente: jamas la había visto de aquel modo.

—Esa boda—dijo la jóven volviendo á dejarse caer en su asiento—me parece imposible..... ¿Cómo pueden ustedes olvidar que el padre de esa muchacha ocasionó la muerte de su hija, de esa Celeste que tanto lloran? y luego, ¿Mariano la podrá hacer feliz? ¡Acaso no se casa con ella más que por su dote!

—Hija mia—respondió Joaquina con el egoismo de la madre—una vez casada, cuenta es de la mujer el hacerse amar de su marido: toda la que quiere, lo consigue..... y, como dice el señor cura, no hay mejor medio

para que volvamos á tener paz con Lorenzo, que este casamiento, que todo lo borra y lo hace olvidar.

—Mariano querrá á su mujer, no hay que dudarle— añadió gravemente Juan María:—¿acaso no es una chica como una plata, rica y con quince años no cumplidos? además, la pobrecita nada conoce del mundo: desde el convento se vino aquí, y es inocente como una paloma.

En aquel instante entró Mariano en la cocina: la oscuridad era ya casi completa, y no vió á Marta, que estaba léjos de la ventana, sentada en una silla muy baja.

—¡Hola! ¿se viene de ver á la novia?—preguntó Pedro á su hermano, disimulando la pena que le causaba la alteracion de su mujer por aquella boda.

—Sí—respondió el jóven;—por eso me he tardado un poco.

—¿Y cuándo es el casamiento?

—Su padre quiere que la boda se haga dentro de quince dias, á más tardar, ó ántes si puede ser.

Oyóse un largo sollozo, y luégo el ruido pesado de un cuerpo que caía sobre el limpio pavimento de la cocina.

—¡Marta!..... ¡hija!..... ¡se ha desvanecido!—exclamó el anciano Juan María, que era el que estaba más cerca, levantando á la desdichada en sus brazos:—¡mujer, enciende al momento el candel!

Joaquina obedeció; y la débil luz que iluminó la cocina alumbró también el pálido y alterado rostro de la pobre Marta.

Parecía imposible que tan corto espacio de tiempo hubiera obrado tan dolorosa trasformacion.

Marta, dos dias ántes, tan bonita, tan rosada, tan

fresca, se hallaba ahora desencajada, lívida y marchita: el viento de las pasiones habia ya azotado su frente, poco ántes tan pura.

—Voy á llevarla á la cama, y la llamaré á V., madre—dijo Pedro recogiendo á su mujer, que descansaba en los brazos de Juan María; y con voz trémula, á pesar de sus esfuerzos: añadió:—esto no será nada, y creo que pasará muy pronto.

Diciendo estas palabras, levantó á la jóven y la sacó de la cocina, subiendo con ella al cuarto conyugal.

Depositóla en el lecho, y se sentó á su lado, dejando ya tomar á su fisonomía una aterradora expresion de recelo doloroso y feroz.

—¡Qué misterio es éste!—se decia el honrado labrador, contemplando el pálido é inmóvil semblante de su mujer:—¿tanto quiere aún á mi hermano, que la noticia de su boda la trastorna así? ¿Ignora él que Marta le quiere de ese modo? ¡Sin duda que sí, cuando se va á casar con otra! ¡Pobre criatura! ¡Entónces, más bien debo compadecerla y consolarla, que reconvenirla por su desgracia! ¡Cuánto habrá padecido la infeliz, con ese amor encerrado en el corazon y sin dejarlo adivinar á nadie!

Pedro suspendió estas reflexiones, tan propias de su noble carácter, para volver á mirar á su mujer con la más tierna emocion: una inefable ternura se retrató en sus ojos, y bien pronto algunas gotas de llanto temblaron en sus párpados.

Pero un fuego súbito secó aquellas lágrimas ántes de que se desprendiesen de sus pestañas.

Recordó que Marta venía pálida y turbada aún igno-

rando el casamiento de su hermano : ¿ de dónde vendría ? ¿ sería verdad que el solo recuerdo de su madre le trastornase así ?

El recto juicio de Pedro no podía dejarse engañar por semejante suposición ; las relaciones entre madre é hija jamás habían sido estrechas ni cordiales, y la muerte inopinada y repentina de la anciana, no hubiera bastado para trastornar á Marta hasta tal punto.

¿ Qué tenía Marta, pues ? ¿ qué le había sucedido que la inmutase de tal modo ? Esto se preguntaba Pedro con una mortal inquietud.

De vez en cuando negros pensamientos atravesaban por su alma, como murciélagos por un cielo azul.

Entre tanto que él se hallaba así preocupado, otra escena bien distinta tenía lugar en la cocina.

Poco después de haber salido Pedro con su mujer en los brazos, había entrado Lorenzo con su hija.

El antiguo amante de Celeste se acercó á Juan María, con aspecto humilde y triste á la vez, y le dijo con voz conmovida :

— Vengo, señor Juan María, á dar á V. gracias por la merced que me hace, aceptando á Susana para esposa de su hijo de V. ; y la traigo en mi compañía para que conozca á los que, dentro de muy pocos días, deberá mirar como sus segundos padres.

El anciano alargó su mano al Rico, y le dijo con sencillez :

— Bien, Lorenzo ; todo queda olvidado, y bendigo á Dios que así lo ha permitido, y al señor cura que ha empleado su valer para esta boda.

Entre tanto, la señora Joaquina, que había palidecido al ver á Lorenzo, se llevó á Susana, la besó en la frente y la hizo sentar á su lado.

Pero la anciana estuvo poco allí, pues se hallaba muy inquieta por el estado de Marta, y subió á su cuarto para hacerla tomar una taza de agua de naranjo, eficazísima, según ella decía, para el histérico.

No bien la señora Joaquina hubo dejado su asiento, corrió á ocuparle Mariano para hablar con su preciosa novia, que, al verle, se puso colorada.

Nada podía hallarse, en efecto, que respirase un perfume más penetrante de belleza y juventud que aquella encantadora pareja.

Susana era casi una niña, pero alta para su edad : en sus ojos se veía el casto rubor del amor feliz : muy sencillas y muy cortas habían sido sus relaciones con Mariano : acostumbraba á vagar sola, paseándose por el bosque, y algunas veces le había visto volver del trabajo, saludándola él con aire de dulzura y gallardía que le era habitual : los días de fiesta la esperaba á la hora de la misa mayor al lado de la pila del agua bendita, y le alargaba aquellas gotas de rocío consagrado con que la joven humedecía su frente, al hacer la señal de la cruz ; á la salida de misa la esperaba, y acompañaba hasta su casa al padre y á la hija ; por último, algunas noches en que Susana, no pudiendo dormir, se sentaba al lado de la ventana de su cuarto, había visto debajo de ella á Mariano, que la había dado las buenas noches con voz dulce é insinuante, como diciéndole : ya hace mucho rato que estoy aquí, y te esperaba.

Á las pocas noches de suceder esto, los dos jóvenes trocaron algunas palabras, y no tardó mucho Susana en verse interrogada por su padre, confesándole ella que amaba á Mariano.

Lorenzo la oyó con alegría.

Su hija se casaría en aquella pacífica aldea, y conquistaba para toda su vida una paz inalterable.

Aunque poco religioso, pues los desórdenes de casi toda su vida habian ahogado en su alma las creencias de su niñez, Lorenzo dió gracias al cielo al ver sus votos cumplidos, y al verse perdonado por aquella familia en cuyo seno hubiera debido entrar.

Entre tanto que Mariano departía tiernamente con Susana, olvidado absolutamente de la infeliz Marta, los padres arreglaron las condiciones de la boda, que debía verificarse dentro de quince dias.

Marta habia vuelto en sí, gracias á los cuidados de su marido y de su suegra.

Su hijo, que dormía al lado de su cama en su camita de mimbres, fué el objeto de su primera mirada.

La pobre criatura estaba más pálida que de costumbre, y de su entreabierta boquita se escapaba un débil quejido.

Marta salió de su lecho y fué á arrojarse de rodillas al lado de la cuna, llorando amargamente; pero el niño, á pesar de la presión del abrazo maternal, no se movió: la abuela tocó su carita y la halló fria.

—Hijo—dijo Joaquina á Pedro—llévate tu mujer abajo..... el niño está muy malo, no sé lo que tiene.....

—Vamos, mujer, le vas á despertar—dijo Pedro con voz firme, aunque su semblante manifestaba lo que estaba padeciendo.—Vamos abajo.

Echó á andar delante y la joven le siguió maquinalmente, entrando ambos en breve en la cocina, en la que, habiéndose retirado ya Lorenzo y su hija, sólo quedaban Juan María y Mariano.

Marta, abrumada de dolor, se dejó caer en una silla y sepultó el semblante entre sus manos. Mariano se acercó á ella como para informarse del estado de su salud.

—¿Qué tienes?—le preguntó á media voz.

Ella levantó la cabeza, fijó en Mariano una mirada extraviada, y exclamó:

—¿Es verdad lo que he oido?

—¿El qué?—repuso él.

—¡Que te casas!

—¡Calla! y mañana al amanecer vé á esperarme á casa de tu madre.

Mariano, dichas estas palabras, se retiró sin afectación. Marta volvió á su doliente postura; pero ni uno ni otro vieron, á sus espaldas, á un hombre que, con las facciones contraídas y la frente cubierta de sudor, habia oido cuanto habian hablado.

Era Pedro: así que aquel culpable coloquio tuvo fin, dió algunos pasos hácia la puerta, y se dirigió tambaleándose hácia el corral.

La luna enviaba desde el cielo su argentado resplandor. El Labrador, deslumbrado por aquella horrible luz que acababa de surgir ante sus ojos, quedó clavado á dos pasos de la puerta.

De pronto, una mano se apoyó en su hombro, y una voz cariñosa y bien conocida dijo estas palabras:

—Hijo, ¿á dónde vas?

—Voy, padre, á ensillar al instante una mula para ir á buscar un médico—respondió el desgraciado con voz que se esforzó en hacer firme y tranquila.—¡El niño se muere!....

—¡Hijo de mi alma! ¡pobre hijo mio!—exclamó el viejo Juan María dando curso á los sollozos y estrechando á Pedro contra su pecho.—¡Todo lo sé! ¡todo lo he oido!

—Cállelo V., pues, padre—respondió Pedro, que correspondió al abrazo del anciano, llorando tambien.—¡Calle V. mi deshonra—añadió—y déjeme el cuidado de vengarme!

—Pero ¡él es tu hermano, Pedro!—siguió el anciano con acento sofocado y lleno de angustia.—¡No seas otro Caín, tú, que siempre fuiste tan bueno, tan honrado, tan generoso!.... No hagas que Dios te pregunte algun dia: «¡Caín! ¿qué has hecho de tu hermano?»

—Padre—respondió el esposo de Marta:—ahora voy á cuidar de la vida de mi hijo: ¡mañana..... mañana, verémos lo que Dios dispone de mí!....

Fué, dichas estas palabras, á la cuadra, aparejó la más ligera de las mulas que habia allí, montó en ella y salió á escape para ir al pueblo más cercano en que habia médico, poderoso auxilio de que carecia Cabañas.

VII.

TEMPESTAD.

El doctor llegó, y Pedro, á pié, al lado de la mula que le conducía.

Vió al niño, junto al cual se hallaba otra vez su madre, que le miraba con hondo dolor.

Todas las reflexiones de Joaquina habian sido inútiles para hacerla permanecer en la cocina, pues Marta se habia obstinado en volver junto á la cuna de la criatura y en darle el alimento de su seno.

El médico observó al niño y meció la cabeza: no obstante, para no desconsolar á la familia, recetó una bebida muy suave, y se dijo á sí mismo que aquella medida, ineficaz para conservarle la vida, podría, al ménos, alargársela por algunos dias.

—La madre me parece que tampoco está muy buena—dijo Juan María mirando severamente á Marta.—Señor, haga V. el favor de examinarla, no sea cosa que su leche haga daño al niño.

El médico tomó el pulso de Marta, y dijo despues, mirándola con lástima:

—¡Esta pobre jóven tiene una horrible fiebre nerviosa! Está más mala de lo que VV. y ella misma se figuran, y amagada de un arrebato de sangre al cerebro: es forzoso que se acueste al instante.